

**PRO-SEGUIMIENTO  
DE LA MISION DE JESUS.  
ESPIRITUALIDAD  
DE LOS JESUITAS ASESINADOS**

**Valentín Menéndez**

Se intentan describir aquí algunos de los rasgos más típicos de la espiritualidad de la comunidad de jesuitas asesinada en San Salvador el 16 de noviembre de 1989.

**1. Todo parte de una experiencia humana y cristiana fundamental**

Lo primero es un determinado situarse y ver la realidad. Esta contemplación de la realidad provoca una evidencia humana incuestionable: "el espectáculo de la maldad humana que pone a la mayoría de la humanidad a las orillas de la muerte y de la desesperación", y ante el cual uno "se rebela y busca cómo corregirla" (I. Ellacuría).

Esta experiencia humana que reacciona ante el desorden con el que hemos organizado este mundo está unida íntimamente a una visión de fe: este mundo así organizado no responde al plan de Dios. En el plan de Dios revelado en la Biblia, los pobres son privilegiados, son incluso el sacramento del encuentro con Cristo. Cómo reaccionemos ante esos millones -¡la mayoría de la humanidad!- de hijos de Dios heridos en las cunetas de nuestro mundo, será el criterio de nuestro juicio definitivo. En esta experiencia están asimilados vitalmente los textos evangélicos fundamentales del mandamiento cristiano específico: el amor.

No es extraño, entonces, que en esa experiencia

humana y cristiana esté esencialmente incluida la exigencia de cambio. Si Dios quiere empezar a realizar ya su plan sobre este mundo, se impone el cambio como exigencia ineludible y urgente de ese reinado de Dios que llega (Mc 1,15).

Lo que añade la experiencia actual a la experiencia cristiana de siempre es lo que desde mediados del siglo XIX empezó a presentarse en la conciencia de la humanidad cada vez con mayor fuerza: que no sólo el corazón de las personas está sometido a la libertad humana movida por la gracia, sino que también lo está la configuración histórica de la sociedad.

Quien en su experiencia cristiana, espiritual, no incorpora esta dimensión social, no ha asimilado la "modernidad", no ha discernido los signos de los tiempos que el Espíritu va manifestando a su Iglesia. Vive en "otro mundo".

Pero se quiere señalar además otro rasgo característico de nuestro tiempo y que diferencia las espiritualidades. La sensibilidad cristiana de ayer no mencionaba la tarea de transformación del mundo -sólo acentuaba con vigor el cambio de la persona-, y se orientaba directamente a la otra vida, a la salvación del alma. La espiritualidad cristiana actual no niega la dimensión trascendente del Reino de Dios en su plenitud, pero se resiste a dejar de medir la calidad de su esperanza fuera del compromiso de caridad que se historiza ya en la transformación posible de este mundo.

Pero eso se concibe difícilmente una fe verdadera en Jesucristo que no encierre en sí misma una exigencia de realización de la hermandad y de la justicia en esta historia que vivimos. Por eso la opción preferencial por los pobres y desheredados de este mundo está siendo proclamada por la Iglesia. Saltarse estas tareas, no ser sensibles a ellas, no hacer de ellas el principio estructurante de la fe hoy en el mundo, era algo impensable para la comunidad de jesuitas asesinados en El Salvador.

(Esta experiencia cristiana no es muy distinta de la que se tiene cuando se hace en los ejercicios de San Ignacio la meditación de la Encarnación. Se contempla allá la triste realidad de nuestro mundo a la luz de la mirada del Dios trinitario y se participa del designio divino de "hacer redención", de encarnarse para ayudar a construir un mundo más humano y, por lo mismo, más divino).

## **2. Vocación: llamada, a pro-seguir la misión liberadora del Hijo**

Quien tiene esta visión del mundo y la siente de tal manera que en vez de soñar su vida "haciéndose rico", o "pasándolo lo mejor posible", la orienta hacia esta empresa, es una persona llamada a seguir a Jesús, a continuar su obra de instauración del Reino de Dios. Es una persona que tiene "vocación", que descubre la perla preciosa por la que merece la pena venderlo todo. Ese tal ha escuchado la llamada de Dios.

Pero esta vocación tiene una larga historia desde que se emprende conscientemente hasta que se concreta de una manera histórica eficaz. Suele ser un itinerario de años. Hay gente que emprende esta vocación, pero que no logra una realización feliz de ella, y por eso no contagia la fuerza del Espíritu, no provoca a su vez entusiasmo, seguimiento, relevo.

Las vocaciones que ahora recordamos y que motivan esta reflexión se concretaron después de un largo y ajetreado itinerario de años, llenaron de plenitud -a pesar de las limitaciones y fallas- a quienes las vivieron, y después de su muerte están provocando seguimiento y relevo.

Hasta llegar a la seguridad de una misión concreta e históricamente precisa, como era la de la UCA, desde una vocación cristiana general, pasaron no solamente intransferibles vivencias personales, sino también acontecimientos eclesiales y civiles importantes. Estos hombres

asimilaron la vivencia de una Iglesia conciliar ya abierta y servidora del mundo y que incluso en esporádicos fogonazos en el aula conciliar llegó a querer definirse como "Iglesia de los pobres". Fueron de aquella generación de latinoamericanos que se sintieron expresados por los sorprendentes documentos de Medellín: nada tan profético como ser capaz de formular las expectativas que el Espíritu está balbuciendo en el corazón de una generación. La visión de Medellín de "situación de pecado", de "violencia institucionalizada", de "ansias de liberación del continente", los marcó. Y vinieron los años de enfocar esa misión a Centroamérica y a El Salvador en particular, y desde un cuerpo apostólico que necesitaba acomodarse a un continente en cambio y a una nueva manera de realizar su misión. Años de tensiones, luchas, y también equivocaciones y fallas, pero con una orientación fundamental clara que el Espíritu había manifestado a su Iglesia y que, por si fuera poco, también asumió en el año 1975 la Compañía de Jesús: la tarea cristiana primordial de nuestro tiempo es la lucha por la fe y la lucha por la justicia que esa fe exige. Detrás de esta formulación estaban dos Sínodos, y la seguiría una de las principales encíclicas de Pablo VI: La *Evangelii Nuntiandi*.

Ya esta comunidad -en las plumas de Ellacuría y Sobrino- había empezado a desarrollar sus intuiciones teológicas sobre la unidad diferenciada de la historia de salvación, sobre la Iglesia de los pobres, sobre el seguimiento liberador del Jesús histórico.

Pero el aporte definitivo que convirtió su "vocación general" en "misión histórica" concreta fueron -a partir del asesinato de Rutilio Grande- los tres años de "vida pública" y el martirio de Monseñor Romero. En espiritualidad, más importantes que las ideas son las experiencias que se "reciben" e impactan indeleblemente la vida. ¡Con qué orgullo cristiano se "gloriaban" de la sintonía profunda y natural con Monseñor Romero y el apoyo incondicional que le brindaron! Esta figura evangélica de la Iglesia salvadoreña era para ellos garantía de la bondad

fundamental de su misión histórica concreta en El Salvador. Se sentían continuadores de la obra y de la palabra de Monseñor Romero.

Pocas dudas les cabían ya de lo que era su misión concreta en El Salvador, de lo que era para ellos -en palabras más conocidas- la voluntad de Dios. Podían afirmar que ese pequeño y sufrido país era un lugar óptimo para la realización de su misión cristiana. "Las características históricas concretaban, exigían y posibilitaban la realización de una misión universal de una manera bien precisa... Promover la fe en un contexto de injusticia, y promover la justicia en un contexto de fe. La interrelación de ambas cosas venía dada no sólo por una correcta doctrina, sino por la realidad de un pueblo pobre y creyente al mismo tiempo" (Jon Sobrino).

La convicción de que la voluntad general de Dios se puede conocer en su concreción histórica personal y comunitaria, es herencia de la espiritualidad ignaciana. Esta comunidad apuró esta herencia y la aplicó al nivel de su obra apostólica en El Salvador. De ahí, en gran parte, "su identidad y su relevancia".

### **3. Encarnación en la realidad como contenido mismo de la misión liberadora**

No necesitamos ahora ahondar en las categorías de espacio y tiempo como determinantes fundamentales del existir humano. Para existir hay que limitarse en el espacio y en el tiempo. Para hacerse carne de un pueblo concreto hay que identificarse con él, sobre todo cuando no se ha nacido en él; de alguna manera hay que nacer de nuevo. Y el tiempo en este proceso -y en toda espiritualidad- es factor insustituible. Formar parte de un pueblo exige tiempo, conocimiento, encarnación de sus verdaderos valores, incansable capacidad de servicio desinteresado. No fueron a América para enriquecerse, sino para enriquecerla.

La mayoría de ellos llegaron con dieciocho años. Estuvieron fuera largos años estudiando, pero volvieron a trabajar antes de su ordenación, para volver a marcharse a seguir formándose lo mejor posible y regresar por fin definitivamente. Les costó años conseguir los papeles de nacionalización. Les dio tiempo para conocer como nadie las entrañas de ese pequeño país, su historia, sus problemas, su cultura, su política, su estructura social y económica, su fe. Se puede decir que, sin haber nacido en El Salvador, eran ellos quienes mejor lo conocían. No se insistirá suficientemente en la importancia que ellos otorgaban -también como tarea "espiritual"- al conocimiento lo más serio posible de la realidad. Su competencia hacía de sus análisis los más valorados -aunque a veces no compartidos plenamente- dentro y fuera del país. Su enfoque de presentarlos a la luz de las mayorías pobres los hacía además cristianos y, al mismo tiempo, inadmisibles para el "status quo".

Su encarnación en El Salvador no les llevó, sin embargo, a vivir "en inserción entre los pobres", aunque su tenor de vida era profundamente austero. A pesar de ello, su influjo para un cambio hacia una mayor justicia llevó a sus verdugos a asesinarlos en su casa, situada en una de las zonas acomodadas de la ciudad, mientras esos mismos días se estaban bombardeando los barrios populares tomados por la guerrilla. No estuvieron insertos entre los pobres, pero ciertamente los pobres estaban insertos en su corazón y en todo lo que hacían.

Encarnaron también el valor principal del pueblo salvadoreño: su enorme tesón y capacidad de trabajo. Y vivieron además valores necesarios para un pueblo que no quiere perder el tren de la historia en su camino liberador; una honradez absoluta en el manejo de capitales nada despreciables y una capacidad técnica en la organización universitaria y en la investigación de la realidad del país que pueden considerarse modélicas. Más de uno se extrañará que al hablar de espiritualidad y de encarnación destaquemos valores tales como trabajo, honradez,

competencia. Uno, en cambio, se pregunta si la liberación auténtica de un pueblo no tiene que partir de valores humanos primarios y fundamentales y más necesarios de encarnar, si cabe, en los que quieran ser líderes del Tercer Mundo. Se habla de la deuda pública, por ejemplo. La UCA pudo construir magníficas y millonarias instalaciones con un préstamo de un banco internacional. No sólo se devolvió el préstamo en los plazos previstos, sino que encima sobró dinero, que se entregó al Banco después de haber realizado la totalidad del proyecto. Sobre la competencia técnica se podría poner como ejemplo el *Instituto de Opinión Pública* de la UCA, de cuyo trabajo la firma internacional más prestigiada del sector afirmó que no podía ofrecer datos mejores y más objetivos. ¿Puede prescindir de estos valores hoy en el tercer mundo una espiritualidad liberadora?

Se encarnaron en América Latina, no con la admirable inserción que practican entre los pobres concretos tantos miles de religiosos en el continente, sino como universitarios, porque se trataba de discernir para ellos el amor más eficaz y estructural. Pero no consiguieron sólo la eficacia, sino también la universalidad a partir de su concreción universitaria en un pequeño país de Latinoamérica. Al asumir la causa de los pobres en El Salvador, asumieron la universalidad de la causa de la justicia. E incluso desde ese pequeño rincón se asomaron a todo el mundo y hablaron de una civilización mundial de la austeridad, dados los recursos limitados del planeta. Predicaron una cultura del trabajo para un mundo que preferencia la del capital, y que es la misma predicación social de la Iglesia en sus últimos documentos.

#### **4. Misión liberadora como lucha contra el pecado y establecimiento de señales del Reino en la historia**

Estaban convencidos de que el Espíritu de Cristo no sólo perdonaba el pecado, sino que también tenía la fuerza para quitarlo del corazón y de la historia. La empresa espiritual no era una cosa sólo de "sentimiento", sino de

"lucha con los poderes de este mundo" y de construcción histórica. El pecado no sólo tenía su raíz en el corazón del hombre, sino que también estaba posesionado de estructuras de la sociedad. Que si el pecado abundaba en el mundo, la gracia de Cristo "sobreabundaba".

No eran ingenuos. Sabían por experiencia del poder del pecado. No sólo en las misteriosas urdimbres del corazón humano, sino también en las complicadas pero conocibles estructuras de la sociedad. Teológicamente, sabían que el pecado del mundo había llevado a la muerte al Hijo de Dios, e históricamente comprobaban a diario en El Salvador que el mismo pecado del mundo seguía arrancando la vida a los hijos pobres de Dios. El campo de batalla no era sólo cosa de composición de lugar en la mediación de las dos banderas durante el tiempo del retiro anual. Era la historia misma del país en el que querían vivir según el espíritu de las bienaventuranzas, sí, pero no neutra y descomprometidamente. Hacer redención en El Salvador, seguir a Jesucristo allí, era hacer un mundo más justo y pacífico.

Y comenzaron la tarea de quitar el pecado no sólo del corazón -labor permanente-, sino también de la historia de El Salvador. Y por eso iniciaron el trabajo "convirtiendo" las propias instituciones apostólicas en el país. Curiosamente, con ser personas tan innovadoras y modernas, no eran personas "anti-institucionales" apostólicamente hablando: no cerraron colegios ni instituciones, sino que las cambiaron por dentro e intentaron ponerlas al servicio del cambio y de las mayorías pobres sin perder su especialidad de instituciones educativas. Largo sería hablar de las polémicas en los periódicos, de la pérdida de amistades importantes, antes clientes preferenciales de su apostolado.

A esta labor siguió un estudio universitario cada vez más preciso de la realidad del país. Continuando a Medellín, pero ahora ya en la peligrosidad de la concreción, se intentó desenmascarar el pecado del mundo en El Salvador, y no sólo en sus efectos, sino intentando



llegar a sus causas. Y ya sabemos por el evangelio que el mal no ama la luz, sino que prefiere la oscuridad y "la ley del silencio". Con la fuerza de su competencia profesional rompieron la ley del silencio en El Salvador. Al mismo tiempo se les cerró la entrada en los periódicos. Al no estar al servicio de ningún partido político y al no tener precio para venderse, se permitieron el extraño lujo de que la verdad -al menos la parte de ella que buscaron con sinceridad- los hiciera libres. Si alguna frase del evangelio se les puede aplicar -y así lo hizo el Provincial de los Jesuitas en el funeral tenido en el Aula Magna de la UCA delante de sus féretros-, era aquella del evangelio de S. Juan; entendieron su misión en El Salvador como un "dar testimonio de la verdad" del país a partir de su trabajo universitario de investigación, enseñanza y divulgación. Entendieron siempre esa verdad como cristiana al enfocarla desde las mayorías empobrecidas que ansiaban un porvenir mejor.

De esa lucha -fundamentalmente universitaria y cristiana al mismo tiempo-, no sólo se derivaron dificultades y persecuciones de todo tipo (por ejemplo, pérdida de subvenciones). También se derivó una credibilidad moral y profesional y una capacidad de influjo, que fue otra de las causas de la muerte. Porque, si hay que afirmar que el pecado tiene poder, hay que completar la frase diciendo también que el evangelio y sus valores tienen la fuerza de la verdad libre para la que está hecho el corazón humano. Podíamos parafrasear a S. Juan: "Si los dejamos, todos van a creer en ellos". El mismo fenómeno se había dado años antes con claridad meridiana con Monseñor Romero. La suya era, como la había sido la de él, una muerte anunciada. La Universidad Centroamericana UCA había llegado a ser, como Juan Pablo II había pedido a las universidades en Centroamérica que lo fueran, la conciencia moral del país, juntamente con el Arzobispo de San Salvador.

Pero la lucha contra el pecado no era sólo algo negativo, de denuncia. Se trataba también de "significar"

la nueva realidad del Reino de Dios que nace. Se trataba de poner pequeñas pero históricas realizaciones del Reino que esperamos en la realidad concreta de El Salvador. Desde la universidad como plataforma apostólica y en equipo con los profesores laicos, no sólo se proponían "analizar y reflexionar la realidad nacional a corto y mediano plazo, con el propósito de diagnosticarla en sí y en sus causas y pluridisciplinariamente", sino que también trabajan para buscar "soluciones globales y sectoriales a corto y medio plazo desde la perspectiva cristiana de las mayorías populares... y contribuir a su puesta en práctica haciéndolas llegar a los distintos sujetos capaces de realizarlas" (I. Ellacuría).

Los esfuerzos que realizaron por el establecimiento de una paz justa y negociada en El Salvador eran conocidos por todos en el país. Esfuerzos que compartían con el Arzobispado y que podían significar la vida misma, pues una solución que no fuera el exterminio o la rendición incondicional significaba para algunos círculos poderosos subversión y, por lo mismo, condena a muerte. De sus esfuerzos por la paz queda, entre otros, el testimonio mudo pero muy elocuente de la revista ECA, que ellos tanto quisieron y que se ha convertido en testigo histórico insustituible de estos años de historia salvadoreña.

## **5. Virtudes características en la realización de la misión**

*-Autenticidad en las opciones fundamentales.* Auténtico es aquel que deja en su vida el menor campo posible de diferencia entre teoría y praxis, ideal y realización, palabra y obra. Jesús acusaba a los fariseos que "decían unas cosas y hacían otras". No eran auténticos. Lo admirable en este equipo de hombres era la autenticidad institucional entre el ideal de la "fe y la justicia" y la orientación práctica de la universidad. Esta autenticidad partía en ellos de una exigencia intelectual particularmente mordiente, pues concebían la historicidad como un requisito fundamental de la salvación y, por tanto, de la fe. Una

historia de la salvación que no sea, de alguna manera, salvación de la historia concreta, es sospechosa. En ellos fue admirable, a nivel de vivencia personal, la fe que exige la justicia, la opción preferencial por los pobres, la búsqueda de la paz por el bien del pueblo. Esta autenticidad llama más la atención, porque ha sido *rara avis* en estos años de cambio y de incertidumbre y duda histórica e ideológica. Y esta autenticidad fundamental es lo que permite acertar en la dirección apostólica correcta, en esa voluntad de Dios "grande", la única que puede colocar en su sitio y en sus debidas proporciones todas las limitaciones y fallos humanos inevitables.

-*La libertad de espíritu.* En la misa de sus bodas de plata sacerdotales, durante la homilía, Tony de Mello resumía las tres grandes etapas de su vida así: en la primera buscaba ser santo; en la segunda saber amar y servir; y en la tercera y última que estaba viviendo, ser libre de verdad. La libertad interior es uno de los dones soberanos del Espíritu. "Para ser libres nos liberó Cristo". Ellos eran libres -causa sui, como definía Santo Tomás al hombre libre-; no dependían de los señores de este mundo, ni tampoco de las ideologías de moda que conocían bien, ni siquiera de la seguridad de la propia vida que durante tantos años tuvieron amenazada. Mucho menos iban a depender de la buena fama ante determinados superiores o ambientes. Y curiosamente, dentro de esta gran libertad de espíritu y a pesar de acusaciones muchas veces inmerecidas, conservaron un respeto público creciente hacia la jerarquía de la Iglesia, y ciertamente no por falta de capacidad de hablar ni de argumentos para ello, sino por una profunda visión de fe. Eran y querían ser, a pesar de todas las dificultades y fallas, hombres de Iglesia.

-*La fortaleza* es una virtud de la que no se habla con la frecuencia que la vida exige, y mucho más cuando se la entiende como misión liberadora. Ignacio de Loyola la conocía muy bien, y por eso la describe con precisión: ser capaz de "sufrir las flaquezas de muchos", no desviarse

de lo que se juzga ser voluntad de Dios por ruegos o amenazas aun de personas "grandes", estar dispuesto a dar la vida si Dios lo pidiera. En este examen se le podría considerar a nuestra comunidad de "eminente". La fortaleza es también la virtud que S. Pablo vivió y describió en la segunda Carta a los Corintios al hablar de las dificultades de su apostolado. Una descripción actualizada se podría hacer describiendo la vida de estos hombres: entonces habría que hablar de trabajos muchos, injurias, calumnias, amenazas, exilios, atentados... Es una de las virtudes que Dios otorga a las personas a las que les toca abrir brecha e inaugurar los cambios históricos.

-La *magnanimidad* significa tener un alma grande, ser capaz de mirar horizontes universales, de soñar empresas ambiciosas a la altura de las enormes necesidades que la realidad histórica presenta y a la que los ideales cristianos empujan. Y al mismo tiempo mantener el ánimo "parejo" -seguimos inspirándonos en Ignacio de Loyola- sin demasiado encumbrarse con los éxitos ni amilanarse depresivamente con los fracasos. La misión liberadora de los ideales cristianos vividos en el Tercer Mundo estira tanto a las almas que vuelven a poner a la Iglesia a la altura de los retos históricos, de los signos de los tiempos, de la voluntad de Dios. Una Iglesia envejece cuando ya no se atreve a afrontar los retos que la misma realidad histórica le presenta. En el fondo, un alma se empequeñece cuando no está ya dispuesta a enfrentar la voluntad de Dios. Esto también implica naturalmente la aceptación previa del riesgo de fracaso y el no olvidar la prudencia evangélica de quien tiene que evaluar siempre si le son concedidos los recursos para construir la torre o declarar la guerra. Alguna vez Ignacio Ellacuría expresó, ante la postura conformista de una persona cercana: "Es excelente, pero le falta ambición apostólica". Se trata de entrar de lleno en la dinámica del Espíritu de la "mayor" necesidad, del bien "más" universal: el mundo del *magis*, de la mayor gloria de Dios.

## 6. Modo de vivir la misión liberadora

Las grandes empresas, ayer y todavía más hoy, son imposibles de llevar, dada su complejidad y larga duración, si no es en comunidad, en compañía, en equipo. ¡Cuán aprovechables son para la vida espiritual las consideraciones del P. Lebreton sobre las "purificaciones" del trabajo en equipo! La misión apostólica de la UCA era imposible de llevar sin una comunidad cristiana que participaba de un mismo ideal de fe y que se complementaba en un equipo de trabajo con un liderazgo muy definido. Habían optado no por un trabajo de francotiradores, ni por un trabajo momentáneo y móvil. Eran conscientes de que un aporte serio al cambio estructural de un país exige innumerables esfuerzos diversificados y un largo espacio de tiempo. Exige, sobre todo, un grupo de personas incansables que se estimen y se quieran y, al mismo tiempo, se perdonen y se soporten mutuamente. El que la vida diaria y la convivencia a lo largo de tensas etapas y momentos muy determinados no sea fácil, ni muchas veces agradable, no está reñido con la conciencia de una misión llena de sentido y con la satisfacción honda de estar viviendo una vida plena y de estar empujando entre todos el despuntar del Reino de Dios como Jesús.

La segunda forma peculiar de entender la misión liberadora -y se quiere resaltar en la actual problemática eclesial de América Latina- es la opción por la gran institución como instrumento apostólico liberador. La institución tiene -y se siente hoy más todavía- grandes *handicaps*: enormes instalaciones, cuantiosas sumas de dinero, desgaste de puestos administrativos, lejanía del pueblo pobre... Quien conozca el encanto de la inserción en el mundo de los pobres para las jóvenes generaciones cristianas de América Latina podrá sopesar mejor los costos de imagen y de menos sensibilidad a los signos aparentes de los tiempos que supone la opción liberadora por una institución grande como la UCA. Y, sin embargo, pocas personas eran más entusiastas del trabajo institucional que

ellos. Eran conscientes de que, si se habla de cambios estructurales en un país y no se quiere con ello hacer demagogia, hay que trabajar con instrumentos apropiados para llevar a cabo con eficacia y garantía de éxito tamaña empresa. Eso sí: había que orientar la institución para que fuera de verdad un arma apostólica y, por lo mismo, con el objetivo de la opción preferencial por los pobres por delante y utilizando medios que no traicionaban ese ideal. Y lo hicieron. Y eso sin la ayuda del Estado. Establecieron las cuotas diferenciadas según la capacidad económica diversa de los estudiantes, publicaron tomas de postura pública en los conflictos nacionales, investigaron en los problemas nacionales más delicados... No es uno de los menores aportes a la Iglesia latinoamericana el ejemplo de que una institución grande y compleja puede ser un arma liberadora y apostólica excepcional en América Latina. Conviene recordar el hecho de que fueron precisamente ellos, personas no insertas y principales responsables de una pesada institución, quienes fueron asesinados por los enemigos de la liberación cristiana en El Salvador.

## **7. La persecución como necesaria compañera de la misión auténticamente liberadora**

Después de todo lo dicho, es casi superfluo tratar este punto. Como es superfluo destacar en el evangelio que ése es el destino profetizado por Jesús para sus discípulos. Lo que cabría preguntarse es más bien por qué durante tanto tiempo fueron tan estimados y privilegiados los discípulos de Cristo por parte de los señores de este mundo; por qué resultó tan difícil y tan extraño durante tanto tiempo resaltar en los evangelios el papel tan importante que tienen los conflictos a lo largo de toda la vida pública de Jesús.

A la Cristología que escribió uno de los miembros de esta comunidad le tocó recuperar de nuevo esta dimensión de la vida de Jesús. Conflictividad que vivieron ellos todos estos años -no siempre sin estridencia- no

sólo en relación con los poderes de la sociedad, sino, lo que es más doloroso, también dentro de la Iglesia. Es una constatación histórica que las dificultades de distinto tipo están en relación directa al aporte que se da a la propagación de la fe y a la defensa de la justicia. Lo trágico de esta situación de condena que se sufre es que llega un momento en que hasta las personas de buena voluntad se preguntan si tantas acusaciones no responderán a la verdad. Entonces le dan ganas a uno de pedir una señal del cielo.

## **8. El martirio como sello de Dios a la misión liberadora**

A veces le entra a uno la sospecha de que la Iglesia dispensó del ara en el altar litúrgico ante la imposibilidad de proporcionar tantas reliquias auténticas de mártires, después de tantos años en que esa especie selecta parecía haberse extinguido en la Iglesia. No parece ése hoy el caso de la Iglesia en América Latina. Y la reacción cristiana espontánea universal -que no unánime- ante determinadas muertes hace brotar de nuevo en el seno de la teología y la espiritualidad latinoamericanas el tema del martirio. Entre estas muertes podemos mencionar en El Salvador -entre otras muchas- las de Rutilio Grande, Monseñor Romero y la comunidad de la UCA.

Como en el caso de Jesús, su muerte fue consecuencia de la actividad y la palabra de su vida. No fue casualidad. La misión de justicia y paz les llevó a sostener posturas y compromisos por exigencia de su fe que les llevó hasta la muerte. Sabían además a lo que se exponían. Eran conscientes de que en cualquier momento podían morir. Pero no eran temerarios que se rieran del peligro o no tomaran sus precauciones. Estudiaban cada situación y la clandestinidad o publicidad que merecía. Pero en último término, si decidían permanecer en El Salvador, por más prudentes como serpientes que fueran, se encontraban indefensos en medio de sus perseguidores, como ovejas entre lobos, con la única arma de su testimonio, de su palabra y de su pluma.

Dar la vida siempre se ha considerado en la comunidad cristiana como la prueba máxima de la fe. En ambientes cristianos se acostumbraba a pedir el martirio como la gracia suprema del amor y seguimiento de Jesucristo. De parte de Dios, el martirio es señal de predilección, pues es la máxima configuración con la imagen del Hijo, el mayor entre muchos hermanos. Si es verdad que no se cae un cabello de nuestra cabeza sin que lo sepa el Padre, cuánto más no va a ser verdad que el que el odio les haya arrancado la vida no podía darse sin el designio de predilección del Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que cuida hasta de los pajarillos del cielo y de los lirios del campo. El quiere acreditar a sus testigos, a sus heraldos del Reino, a los seguidores de su Hijo Jesucristo, primer cuerpo entregado y sangre derramada por la liberación del mundo.

Por si hubiera duda de lo evangélico de su testimonio, está el hecho de estar ya participando de la fecundidad pascual de la misma vida de su Señor; están provocando seguimiento y relevo. Decenas están siendo los religiosos y laicos que se han ofrecido por motivos de fe -y a veces sin ella explícita- a proseguir su obra en la UCA de San Salvador.

Es verdad: sólo desde la muerte cobra una vida humana su verdadera estatura. La de ellos cobra para nosotros la categoría de modelos a quienes imitar.